

HORACIO BOTERO ISAZA

JOSE ASUNCION SILVA



FOTOGRAFIA E IMPRENTA J. L. ARANGO
MEDELLIN

HORACIO BOTERO ISAZA

JOSE ASUNCION SILVA



1919

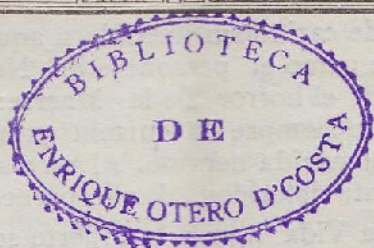
LITOGRAFIA E IMPRENTA J. L. ARANGO
MEDELLIN



JOSE ASUNCION SILVA



HORACIO BOTERO ISAZA



PREFACIO EPISTOLAR

Sr. Horacio Botero Isaza.—E. I. C.

Mi apreciado amigo:

Ha tenido usted la fina voluntad de acompañar mi nombre con el suyo en una carta-prólogo a su estudio que llevará por título el muy simpático de JOSÉ ASUNCIÓN SILVA. Sin duda usted ha reconocido en mí un espíritu amante, como usted, del más grande tal vez de nuestros aedas, y tal vez el más original; aunque, como con anterioridad hube de manifestárselo, vacilo en aplicar tamaño epíteto al autor de *Libro de Versos* recordando al águila sombría y poderosa de «El Cabrero». Difieren ambos, es verdad; pero, no obstante sus divergencias de fondo y de manera, creo que uno y otro son como los genios de que nos habla Víctor Hugo en alguna página de su *William Shakespeare* y se pierden en la región de lo supremo sin que nuestros ojos sepan distinguir cuál de los dos avanza mayor trecho en las luminosidades infinitas.

Grato ha sido para este su servidor incondicional acceder a sus deseos. Pienso que cuantos llevamos en la mente la chilladura de lo divino artístico, hemos de rendir cada día homenaje de admi-

ración y de cariño sin medida a aquel llagado corazón que como el personaje de Nervo, se dio la Muerte por el horror de la Muerte: Silva, en mi sentir, tuvo siempre la misma preocupación tremenda del suicida nervino. Al través de sus cantos, hondamente doloridos, donde parece que

la Vida llora y la Muerte sonríe,

háseme antojado encontrar una antítesis perfecta del cadencioso verso de Valencia. Para el poeta de *Nocturno*, la Vida era amable hasta el delirio: quería sin llantos ni tristezas, sin luchas que descorazonan y siembran el terror en nuestras fibras. Soñó la eternidad para el Amor, y con desesperación irremediable sintió que el Amor pasa bajo el Cielo. Sin límites amaba. Y hé aquí un tema harto apropiado a la manía moralizadora: jamás se conformó con su destino, porque su destino había sido de antemano forjado quién sabe en las entrañas de qué monstruo, insaciable, como él, de devorar la grata voluptuosidad de lo existente. Las célicas hurfes, de virginidad a cada paso renovada en la creencia musulmánica, diríase que fueron el ideal en que Silva se complacía. ¿Por qué, pues, decir que *la Muerte sonríe*, si el poeta lamentado hacía culpable del deshoje de las rosas, del apagamiento de los perfumes, del agonizar de las ternuras!

Me he distraído, amigo mío. . . .

Empieza usted su estudio cariñoso de Silva con algunos rasgos biográficos que por fuerza han de resultarle deficientes. Dígase lo que se dijere, ¡cuántas páginas secretas y adorables permanecerán inéditas en la vida del Maestro por la imposibilidad de ser interpretadas debidamente! ¡Cuánto misterio ignorado en aquel abismo del sér único,

insondable! ¡Qué pasajes de suntuosidad psíquica y de sutileza inadivinada!

Primeras poesías, viaje a París, muerte del progenitor, etc. Noto, como atrás dije, que ha puesto usted cariño hasta en los menores detalles, y que siente usted con una delicadeza exquisita la obra genial y por siempre alejada de las multitudes, amigas del estrépito. Estudia usted, con morosa delectación cual si fuesen un pecado, el *Nocturno* que empieza:

Una noche,

Una noche toda llena de murmullos, de perfu-
[mes y de músicas de alas

Nocturno IV, Al pie de la estatua (oda heroica, de un vigor de expresión desusado en el poeta, y aún más dolorosamente desencantada que los momentos últimos del Libertador), *Día de difuntos* (elegía lacerante, que así puede haber tenido sus orígenes en los místicos españoles del décimo-sexto siglo, como en las terribles y onomatopéyicas *Campanas del cisne negro* de Boston), *Don Juan de Covadonga* (pequeño poema campoamorino en la apariencia, mas con un sabor mussetiano, de Rolla casi, inconfundible), *La respuesta de la Tierra* (¿a qué calificar tan penetrante poesía, Leopardi puro, Heine sin mueca irónica, como tan acertadamente usted corrige?), *Maderos de San Juan* (canto de cuna al propio tiempo que miserere del corazón), *Infancia*, etc. etc.

Habla en seguida usted, y dice cómo nunca fue Silva poeta nacional, sino, más bien, dentro del País, poeta santafereño. Ni una ni otra cosa hacen falta, en todo caso, para que José Asunción Silva alcanzara las alturas de la supremacía apolí-

nea en Colombia y . . . ¿Me permite usted que se lo diga con franqueza? ¡Tántas veces he dudado de que, jamás, en el idioma de los Conquistadores, háyase oído una voz de *poeta* más *poeta* que aquel nuestro!

Que fue Silva un decadente, pero no de la descendencia rubendariaca. Y tiene usted mucha razón: él amó a Verlaine, a Baudelaire (de quien, en algún lugar de su prosa maravillante, afirmó que era «el más grande, para los verdaderos letrados, de los poetas de los últimos cincuenta años»), a Mallarmé (pontífice augusto que, en París, recibía, desde Caracas, la orquídea con que Silva le significaba asiduamente una admiración no simulada, y que, desde París, pagaba al noble bogotano, en Caracas, su homenaje con el hermetismo hierático de sonetos venerables). Pero, en cambio, hay que saber cómo el decadente santafereño veía a sus solas y en la confianza de su grande amigo el Maestro Sanín Cano, a *los colibríes decadentes*, filipichines de las letras, cabezas huecas, a quienes dedicó la truculenta *Sinfonía color de fresas en leche*.

Esta es la descendencia rubendariaca
De la Princesa Verde y el Paje Abril,
Rubio y sutil.

Pero débese distinguir entre la descendencia dicha y los cultivadores superconscientes de ese Arte nuevo. El propio Silva en carta al crítico antes mencionado, la señala por sus nombres: Arturo A. Ambrogi, Pedro Pablo Figueroa, Ernesto O. Palacios, Abraham Z. López Penha.

Lo demás que hay en su amable estudio de usted, amigo apreciado, continúa el nobilísimo empeño que ha puesto en la justiciera exaltación de

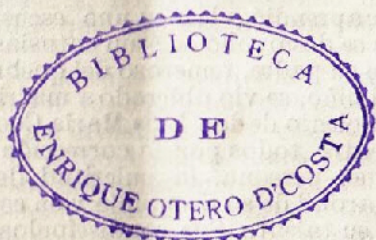
Silva, el imperecedero a pesar de la obscuridad tristísima en que vivió, de las pésimas ediciones con que le hemos traicionado, del silencio imponente y como religioso, de esotérico culto, de su fin trágico lamentable, y del olvido, que subleva, de los colombianos.

Réstame sólo pedirle que, mentalmente, nos abracemos, como en un íntimo duelo de familia, en la memoria de Silva, y felicitarle por su labor honrada y honrosa para la literatura.

Suyo,

AB. FARINA.

Medellín, Junio 4 de 1919.



JOSE ASUNCION SILVA

Nació en Bogotá, el 27 de Octubre de 1865. Fueron sus padres, don Ricardo Silva, acaudalado comerciante de la más alta aristocracia bogotana, hombre de vasta ilustración y de preciosas virtudes y doña Vicenta Gómez, de origen antioqueño, de belleza imponente y de cultura refinada.

Silva aprendió a leer en una escuela mixta, y desde entonces se desarrolló en él un entusiasmo tal por la lectura, que su padre, temeroso del quebrantamiento de la salud del niño, se vio obligado a matricularle semiexterno en el Colegio de don Luis María Cuervo, donde se distinguió entre todos por la corrección de su vestido, el aseo de su persona, la pulcritud de su lenguaje y la belleza varonil de su fisonomía y en especial, por la claridad de su talento. Sus condiscípulos, movidos tal vez por sentimientos de envidia, le llamaban irónicamente «el niño bonito», como más tarde sus gratuitos detractores, «José Presunción».

Como no se compadeciera con su aristocracia y distinción y con el refinamiento y exquisitez de los suyos, el carácter democrático de este Instituto que en sus claustros admitía hasta a los más humildes de la plebe, su padre tomó la resolución de llevarle a un plantel aristocrático de reciente fundación que a poco fracasó ruidosamente, y cuyo Rector fue el sacerdote antioqueño don Tomás Escobar.

Silva pasó su niñez en un ambiente que bien pudo

labrar su desgracia: mimado por su familia y por la fortuna, se habituó a vivir con excepcionales refinamientos; envidiado por sus condiscípulos, habituóse a vivir retraído y solitario; presenciando las tertulias que en su casa hacían los más salientes literatos de la época: los Pombos y Marroquín, Isaacs y Carrasquilla, Camacho Roldán y Vergara y Vergara, entre otros, desarrollóse en su espíritu la afición a la poesía.

Después de que aquel adolescente, «bello como un Apolo y precozmente inteligente» (1), se retiró en definitiva de los claustros del colegio, se entregó a labores de índole mercantil, sin descuidar por ello su cultivo intelectual, al cual dedicaba a diario las horas que sus quehaceres le dejaban libres. Y fue entonces cuando Silva escribió sus primeros versos:

Primera Comunión, poesía escrita por nuestro vate a los diez años, y en donde se encuentra su prístina candorosa religiosidad de niño.

En la Aldea, que no he podido encontrar y que él no hizo figurar en el índice de su «Libro de Versos», y el soneto **A un Pesimista**, poesía que escribió en 1884, y en la cual nos dice que aún «algo tiene plácido la vida».

Silva llevaba vividos diez y ocho años, cuando en compañía de su padre se fue a Europa en viaje de negocios. Pero a su espíritu investigador y curioso más le llamaban la atención el movimiento literario de entonces y los maravillosos misterios que encierra Europa, que el precio de las mercaderías, y prefería los temas que la fisiología o la neuropatología le brindaran, a los áridos de las finanzas. El doctor Juan Evangelista Manrique, uno de sus pocos amigos de infancia, su condiscípulo, su camarada en París y su médico de consulta, nos cuenta en una hermosa página en que hace memoria del poeta, que, «Silva siempre ameno e interesante en su conversación, se tornó en fastidioso y monótono durante los primeros días de su residencia en la Ciudad Luz. Cansaba a su interlocutor con preguntas, con apreciaciones intencionadas, con verdaderos sondeos

(1) Doctor Juan Evangelista Manrique, en la «Revista de América».

espirituales que le permitieran averiguar la orientación mental de su interlocutor, lo que hacía que mis amigos esquivaran su compañía».

Quizás, Silva ningún provecho comercial obtuvo de aquel viaje pero en cambio su espíritu se abrió nuevos horizontes y se puso en contacto directo con las maravillas de un continente, de ese continente que le hubiera mimado si no hubiera sido condenado fatalmente a vivir aislado e incomprendido.

«Era bondadoso por temperamento, caritativo, afable, dulce e incapaz de dañar a nadie» dice Baldomero Sanín Cano, y Guillermo Valencia añade: «de una fuerza rara de asimilación intelectual y sed implacable de sabiduría, desde los bancos del Colegio; viajero aprovechado por los centros más cultos de Europa; lector incansable en varias lenguas y de múltiples materias; analizador sutil de cosas y almas; soñador y aventurero; paradójal maridaje de energía y veledad, orgulloso, bello, sabio, escéptico y sereno».

Al morir, en 1886, su padre, cuyos intereses habían sufrido notablemente a consecuencia del curso forzoso del papel moneda, Silva heredó una quiebra y una obligación: la de mantener a su familia a la altura que su padre la había tenido; y a pesar de que luchó valerosamente y de que puso todos los medios que le ofrecía su vigorosa inteligencia, su intento fracasó, y «perdió el resto de su fortuna llevando a Bogotá sedas de Jirigonor, tñores de China, perfumes de Alchenson, ediciones de Elzevir, cristales de Murano y joyas de Lalique». (2)

La muerte de su padre, que al mismo tiempo fue su amigo, causó en el alma del poeta una tristeza tal, que unida al fracaso, le hizo pensar, por primera vez, según parece, en el suicidio.

Entro ahora a hacer un somero análisis de algunas de sus poesías: El doctor Antonio José Restrepo en el número 1698 de «Gil Blas» dijo que los primeros versos de Silva habían sido publicados en el Semanario *La Siesta*, en 1886. Pero en el N^o 32 del *Papel Periódico Ilustrado*, correspondiente a Diciembre del 82, fue don-

(2) Rufino Blanco Fombona, «Revista de América».



«Se publicó su primera poesía, bajo el título de *Las Golondrinas de P. J. Béranger*, y que aparecen como originales, lo mismo que *Realidad*, traducción de Víctor Hugo, y *Lázaro* imitado de León Dierx. También en el N° 50 de la citada revista bogotana, de Agosto del 83, se publicó *Imitación de Mauricio de Guerin*, que aparece asimismo como original.

Nocturno: (3) El año de 1891 fue para Silva tan nefasto como lo fue de glorioso para las letras colombianas; Elvira, «su hermana, que era al mismo tiempo su amiga y confidente, a cuya belleza sólo sus virtudes eran comparables, murió casi repentinamente en una mañana de Enero. Apenas expiró la encantadora Elvira, su hermano llamó a uno de sus amigos, mi hermano mayor—habla el Dr. Manrique a que he hecho alusión—hizo salir de la cámara mortuoria a toda la familia, y se cerró con él a contemplar su Venus dormida, haciéndole homenajes, como cubrirla de lirios y de rosas y saturarla de riquísimos perfumes». He dicho que fue este año glorioso para las letras patrias: el desgraciado acontecimiento de que acabo de hablar dio origen a «ese Nocturno, cuyas estrofas son lágrimas y cuyo ritmo es el de un sollozo» (4). Nuestro bardo

«solo, el alma
llena de las infinitas amarguras y agonías de tu
separado de tí misma por el tiempo, por la sombra
[muerte
[y la distancia
por el infinito negro
donde nuestra voz no alcanza
solo y mudo
por la senda caminaba»

Por qué senda, se preguntará.

La muerte de su hermana que impresionó hondamente a nuestro Silva hizo que se fuese al campo en busca del alivio de su alma cruelmente atormentada. Una noche caminaba el poeta solo por la senda que varias veces en

(3) Publicado por vez primera en «La Lectura», de Cartagena, en 1894.

(4) Roberto Liévano, en «Cultura», de Noviembre de 1918.

compañía de su hermana, en noches plenilunares había recorrido. Recordaba:

«que tu sombra
fina y lánguida
y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban».

Mas ya todo había desaparecido y sus memorias eran «como el recuerdo borroso de lo que fue y ya no existe». En esa noche veía el poeta que su sombra «por los rayos de la luna proyectada

iba sola
iba sola
iba sola por la estepa solitaria».

Tal fue el origen de ese Nocturno que «es una de las piezas capitales del arte nuevo», (5) de esa poesía que «produce rápidamente la sonrisa nerviosa de la perfección» (6), y de la cual «sería presunción vana intentar comentarios» (7).

Habéis conocido acaso unos versos más puros, una cadencia más suave y una exteriorización más elocuente de un estado psicológico? Con razón decía Silva en una de sus prosas «uno no hace los versos, se hacen dentro de uno, y salen»; y también con razón agrega Sanín Cano «su poesía es sólo un desahogo, entendía que el verso para escribirlo hay que vivirlo».

Nocturno IV: En esta poesía puede observarse lo que tan acertadamente anota don Emilio Samper: «el poeta cuando no exhalaba su incurable tristeza, ensayaba consolarse con las sonrisas desencantadas de la ironía», y en vez de cantar sus tristezas a lo Del Casal o a lo Becquer, ríe irónicamente a lo Heine, o a lo Renán. De estos versos como de casi todos los suyos puede decirse lo que con tanta propiedad ha dicho don Antonio Gómez Restrepo «son de irreprochable perfección artística».

(5) Antonio Gómez Restrepo, «Literatura Colombiana».

(6) Samuel Velásquez, «Revista Nueva», de Manizales.

(7) Guillermo Valencia (Juan Lanas), «El Nuevo Tiempo Literario».

Este Nocturno «de corrección desesperante» (8), es una de las poesías en que Silva demuestra con mayor vigor su ingenio poderoso.

En ellos hizo uso nuestro poeta del *alejandrino a la francesa*, metro que empleó también en *Un Poema* y en *Midnight Dreams*.

Creo oportuno decir que en el Nocturno de que vengo hablando, en el último verso, la edición francesa, en lugar de *resistirías*, empleo *despertarías*, que desfigura por completo el pensamiento del poeta.

De la obra poética de José Asunción Silva no puedo hacer un análisis completo: por una parte, como lo ha dicho el muy ilustre literato antioqueño Abel Farina, las dos terceras partes de sus poesías se han perdido; por la otra, mi preparación para ello es deficiente, y en fin, como lo anota don Rufino Blanco Fombona «juzgarlo por sus poemassalvados vale como rehacer o imaginar una ciudad desaparecida por la estatua de alguno de sus dioses», y en verdad: en 1893 al regreso de Silva de Caracas, a donde había ido en Septiembre del año anterior a encargarse de la Secretaría de la Legación Colombiana, naufragaron en el *L'Amérique* su colección de Cuentos Negros que tenía pensado publicar en Europa, como también algunas otras de sus prosas incomparables y algunas de sus colecciones de versos que por desgracia el poeta o no tuvo tiempo o no se preocupó de rehacer, lo cual hubiera sido venturoso para nuestra literatura, pues como él mismo lo decía, eran sus joyas.

Al pie de la Estatua: «que ocuparía tal vez el primer puesto entre las consagradas a cantar la obra de Tene-rani, si el segundo Caro no hubiese, con su Oda, creado el alma de aquel bronce inmortal» (9), y que en muchos puntos se roza íntimamente con la del malogrado poeta. Esta fue la única poesía épica que nos dejó Silva. En ella el verso tiene «la solemne majestad de un templo», y se dice al parecer a sí mismo, cuando habla de la estatua del Libertador

(8) Guillermo Valencia (Juan Lanas), «El Nuevo Tiempo Literario».

(9) Véase la nota anterior.

«Que resuene tu lira
para decir que el viento de los siglos
que al soplar al través de las edades,
va tornando en pavesa
tronos, imperios, pueblos y ciudades,
se trueca en brisa mansa
cuando su frente pensativa besa!»

Y más adelante:

«Cántalo en las derrotas,
en la escena de grave desaliento
en que sus huestes considera rotas
por las hispanas filas,
y perdida la causa sacrosanta,
y una lágrima viene a sus pupilas,
y recobrando brío
y dominando el cuerpo que estremece
de la fiebre el sutil escalofrío,
grita: 'Triunfar'».

Mas no ocurrirá con los versos del poeta lo que él presentía al decir que, «mañana tras la vida borrascosa dormirán en la tumba, hechos cenizas». ¡Nó! su Oda también la respetarán los siglos, y dirá al mundo en voz alta de su maravillosa inspiración y de la pureza de sus estrofas; también para ella «el viento de los siglos», se trocará en «brisa mansa».

Día de difuntos: en esta poesía, Silva, da la más alta nota de su desesperanza; en ella a semejanza de Cleopatra presenta nuestro bardo su pecho—que encierra las más crueles angustias—a las venenosas serpientes del olvido y la desesperación. En ella lamenta la huída del «tiempo que lo borra todo», y nos cuenta del «viudo que habló de suicidio y pidió el arsénico cuando aún en alcoba recién perfumada flotaba el aroma del ácido fénico; habla «de las campanas plañideras que les hablan a los vivos de los muertos, de la campana que ruega, de la campana que implora, de aquel misterioso coro en que ruegan las campanas, las campanas plañideras que les hablan a los vivos de los muertos»; esta poesía que es una meditación, y cuyo meditar le infunde un sello peculiarísimo que lo distingue entre todos los

poetas modernistas de América» (10) y en la cual, como él mismo lo dijera, «cualquier lector inteligente adivina la influencia de los místicos españoles del siglo XVI».

D. Juan de Covadonga. Parece que Silva en medio de su desesperación hubiese también pensado en el Convento:

«después de amar, de odiar, de lograr todo
cuanto es posible e imposible, un día
sintió el cansancio de la vida, el lodo
de cuantos goces le ofreció la suerte,
y mezcló a su tenaz melancolía
el ansia de consuelos superiores;

y «con el aire de un pobre arrepentido y la boca marchita por los besos» fuese a hablar con el Prior Hernando, a quien recurriría en solicitud de una celda del Monasterio, mas al oír que éste le dijo:

.....Ansío el oro
suenan choques de armas en mis sueños,
flota un rumor de besos en el coro,
y en mi vida una lucha prolongada
de rudos sacrificios
en que domo la carne alborotada,
con ayunos y rezos y cilicios.....

Don Juan de Covadonga, que a nuestro parecer fue el propio Silva, al ser preguntado por Hernando cuál era el objeto de su venida dijo:

.....Por verte a toda prisa
y por darte noticia de la muerte
de don Sancho de Téllez, tú, mi santo,
por su eterno descanso dí una misa.

Ciertamente, partiendo de la base de que don Juan de Covadonga, fuese el propio Silva, encontramos que él, quizá por hacer resaltar su resolución, hizo resaltar al mismo tiempo lo depravado de su vida, que en verdad no fue tal.

José Asunción Silva fue cruelmente atormentado por la duda, de ello nos dejó prueba evidente en su poesía titulada *Crisálidas*, en que con el mayor desencan-

(10) Rufino Blanco Fombona, «Revista de América».

to pregunta: «Al dejar la prisión que las encierra, qué encontrarán las almas»? Más adelante dice:

«estrellas, luces pensativas!
estrellas, pupilas inciertas!
Por qué os calláis si estáis vivas,
y por qué alumbráis si estáis muertas?» Y
por fin en «La Respuesta de la Tierra», nuestro vate
pregunta:

«Qué somos? A dó vamos? Por qué hasta aquí vinimos?
Por qué la vida inútil y triste recibimos?
Hay un oasis húmedo después de estos desiertos?
Por qué nacemos, madre, dime, por qué morimos?
Por qué? Mi angustia sacia, y a mi ansiedad contesta.
Yo, sacerdote tuyo, arrodillado y trémulo,
en estas soledades aguardo la respuesta.
La Tierra, como siempre, displicente y callada,
al gran poeta lírico no contestó nada».

Guillermo Valencia, cuya autoridad acato, pero con quien no estoy en este particular acorde, ha dicho que el poeta de que habla Silva en estos versos no es él mismo, lo cual a mi parecer no es acertado, teniendo en consideración el escepticismo que se había apoderado de su alma, por lo cual acepto el carácter auto-biográfico que le ha dado don Miguel de Unamuno, cuyo prólogo que encabeza las ediciones que de los versos de Silva se han publicado, es en general, como lo ha dicho el maestro Farina, «perjudicial para las letras colombianas, insustancial y flojo». Silva, como él mismo lo dijo de Anatole France, es «de los que creen muy poco por haber cavilado mucho». Y más adelante agrega Valencia: «aquella poesía es doblemente heiniana: ya por el paralelismo con otra de Enrique, en que un bardo espera 'que le conteste la encrespada ola', bien por el girofinal que por lo inesperado y risible, la determina en el grupo cómico». Acepto lo primero; lo segundo lo rechazo y me hace pensar, entre otras cosas, que el clarividente payanés no entendió el poema, o que para él es risible y cómico hasta el drama más emocionante y desgarrador.

Silva en los momentos de las más crueles angustias daba una mirada hacia el pasado, a donde iba en bus-

ca de algún consuelo, y así nos lo comprueban de una manera evidente sus versos que tienen por título *Los Maderos de San Juan*, que nos recuerdan con la más viva emoción nuestra infancia y aquellas noches de los primeros años que «en las rodillas duras de la abuela» recitábamos acompasadamente esta poesía. Y hoy, cuando hacemos memoria de sus versos, también nos viene a la mente el recuerdo de esas «arrugas hondas que revelan una historia de largos sufrimientos y silenciosa angustia». Ah! qué suave recitar:

.....Los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
los de Roque,
alfandoque;
los de Rique
alfeñique;
¡triqui, triqui, triqui, trán!
¡triqui, triqui, triqui, trán!

Infancia, en que recuerda el poeta a Caperucita y a Barba Azul, al Ratoncito Pérez y a Urdimalas, «los caracteres rojos de la rota cartilla» y las batallas infantiles «en donde hacen las piedras de metralla y el ajado pañuelo de bandera».

Y en *Midnight Dreams*, en que nos dice:
«Anoche, estando solo y ya medio dormido,
mis sueños de otras épocas se me han aparecido.
Los sueños de esperanzas, de glorias, de alegrías
y de felicidades que nunca han sido mías».
Y en *Crepúsculo* recuerda los:

¡Cuentos que repiten sencillas nodrizas
muy paso a los niños cuando no se duermen
y que en sí atesoran del sueño poético
el íntimo encanto, la esencia y el germen!;

¡Fantásticos cuentos de duendes y hadas
que pobláis los sueños confusos del niño,
el tiempo os sepulta por siempre en el alma
y el hombre os evoca con hondo cariño!»

José Asunción Silva ciertamente no fue un poeta na-

cional, y no podía serlo: porque «su aparición coincidía con el momento de incertidumbre mental y racial de América, porque tornó los ojos a otras literaturas, a otras civilizaciones, se buscó una patria intelectual; porque su sensibilidad en un medio hostil tuvo que buscar patria y nido bajo otros cielos; porque «nuestras almas se parecen a las de otros pueblos, a las de los pueblos cuyos libros leemos» (11). Por eso el alma de Silva, y sus versos, que son fiel representante de aquella, tienen gran parentesco espiritual con las de los poetas franceses e ingleses, con quienes vivió nuestro vate íntimamente en la lectura de sus obras; por eso, porque su espíritu vivió más que en Colombia en el extranjero, Silva no fue un poeta nacional, pero sí fue un poeta que cantó en estrofas purísimas a la tradicional Santa Fe de Bogotá: En *Vejece* nos habla de «las cosas viejas, tristes, desteñidas, sin voz y sin color»; del «cincelado puñal», de la «carta borrosa», de la «tabla en que se deshace la pintura por el tiempo y el polvo ennegrecida», del «histórico blasón», de los «barrotes que formáis un monograma incomprensible en las antiguas rejas», de «las épocas distantes y mejores» y de «los perfumes de las cosas viejas».

En *Serenata* nos dice:

«La calle está desierta; la noche fría;
velada por las nubes pasa la luna;
arriba está cerrada la celosía,
y las notas vibrantes, una por una,
suenan cuando los dedos fuertes y ágiles,
mientras la voz que canta, ternuras narra,
hacen que vibren las cuerdas frágiles
de la guitarra».

Y por fin en la «*Ventana*» recuerda que:

«Hay en la estrecha calle una muy vieja
ventana colonial. Bendita rama
adorna la gran reja
de barrotes de hierro colosales,
que tienen en lo más alto un monograma
hecho de incomprensibles iniciales.»

(11) Rufino Blanco Fombona, «El Modernismo Literario en América».

«Silva si hubiera vivido más tiempo es probable que hubiera disputado a Darío el cetro de la poesía modernista no sólo en América sino en España» (12). Pero afortunadamente no fue él rubendariaco, ni con mucho, y no porque fuera para su privilegiada mentalidad un imposible; lejos de allí, la «Sinfonía a los colibríes decadentes» son unas estrofas que el mismo Darío hubiera firmado sin vacilación. En ella nos habla de los caóticos versos mirrinos de «la descendencia rubendariaca y de la Princesa Verde y el Paje Abril, rubio y sutil».

«Silva fue influenciado por los poetas modernistas del siglo XIX y tal vez Darío fue influenciado por Silva» a quien no silencia deliberadamente, como dice Blanco Fombona. Y «su obra—como lo dijo Ricardo Hinestrosa Daza—sobre su mérito intrínseco, tendrá el extrínseco, no pequeño, de marcar época en el desarrollo evolutivo de nuestro arte».

Silva al escribir sus estrofas comprendió la verdad que contenía aquel hermoso cuarteto en que dice:

«Cuando hagas una estrofa, házla tan rara
que después sirva al porvenir de ejemplo
con perfiles de mármol de Carrara
y solideces de frontón de templo».

Huyó siempre de la popularidad, quizás por temor a las profanaciones, y quizás también por retirarse más del vulgo, del cual estaba tan distanciado. El mismo nos decía:

«Temo mucho que coleccionen
mis poemas; que me coronen
en una velada teatral;
y que me dedique algún diario
el suplemento literario
de su edición dominical».

Después de su muerte sus poemas se han coleccionado en Barcelona y en París, y sus «Gotas Amargas» que él quería que sólo fuesen conocidas por un círculo pequeño de amigos que medianamente lo entendían y que

(12) Rufino Blanco Fombona, «Revista de América».

veladamente lo envidiaban, fueron publicadas no há mucho tiempo en Bogotá. La edición de Barcelona, a más de los múltiples errores que contiene, lo propio que la de París, trae unas grotescas ilustraciones, que era lo más que de allá podíamos esperar, pues bien sabemos que se hizo con mira comercial, y por quien no tenía para ello la preparación que para una empresa de estas se requiere.

En la «Revista de América», de París, Alfredo Bengoechea, primo carnal de nuestro poeta, quien tuvo en su poder los manuscritos, y en «El Correo Liberal», de Medellín, Abel Farina, han hecho preciosas correcciones que bien merecen ser tenidas en cuenta cuando vaya a publicarse una tercera edición.

Me permito insistir en que Silva no perteneció a la rama rubendariaca del decadentismo; pero «si el decadentismo consiste en dar colorido a la expresión, en pulir la frase, en inventar nuevos giros, nuevas sintaxis y nuevas voces, sin caer en la extravagancia gongorina, en la psicología que encierran los versos y en el simbolismo en que envuelven su pensamiento los poetas modernistas, en la expresión de los dolores, de las pasiones, de la debilidad, de las luchas íntimas de los hombres de una civilización refinada, de unos siglos revolucionarios y enfermizos». (13) Silva sí fue decadente y unos de los poetas decadentes de más alto vuelo del siglo XIX.

Mas nunca en sus versos figuran los cantos mirrinos, la flor de lis, la extravagante mitología ni todo ese cúmulo de exotismo que emplea la descendencia rubendariaca, tan felizmente satirizada por Silva.

En conclusión: nuestro más alto poeta fue sólo modernista, él no desechaba sistemáticamente todos los moldes clásicos: «sus versos amplían pero no rompen los moldes de la versificación tradicional» (14).

José Asunción Silva no llegará nunca a ser un poeta popular: sus versos no tienen el métrico martilleo que exige el vulgo, ellos tienen solamente una deliciosa cadencia y encierran una «música de alas» que no resuena en los oídos de la vulgaridad. El mismo nos decía: Publi-

(13) Emilio Robledo, «Miscelánea», de Medellín.

(14) Antonio Gómez Restrepo, «Literatura Colombiana».

qué un tomo de malos versos a los veinte años, y se vendió mucho, otro de versos regulares a los veintiocho y no se vendió nada», lo cual viene a ratificar mi aserto: sus primeros versos tenían menores complicaciones y por eso tuvieron mejor éxito popular; los segundos, los más preciosos, los más puros, los que mejor cuenta nos dan de su estro poético, los que mejor sintetizan su personalidad, no estuvieron ni están ni estarán al alcance del vulgo. Para entender a Silva hay que estudiarlo y el pueblo no estudia. Los versos de Silva hay que meditarlos y el vulgo no medita. Hay que estudiarlo desde un punto de vista psicológico y teniendo en cuenta el medio en que vivió y los elementos de que dispuso, que tampoco están al alcance de los más

Silva será cada día mayormente apreciado en los círculos intelectuales, cada día sus versos tendrán un timbre más sonoro; y vivirá perpetuamente en la historia del Parnaso porque él con sus versos mágicos, con sus estrofas límpidas logró la inmortalidad, porque «salvando abismos de rancias y aferradas escuelas llegó en triunfo a las puertas de la ciudad del Verso, derrocó viejas dinastías y con su flauta de oro descargó sobre los pueblos tonalidades sublimes» (15).

«Silva el que fue sólo pensar, el que fue sólo soñar, que escaló con el pensamiento los peldaños de lo desconocido y trazó con su pluma los signos de la inmortalidad», será en todo tiempo tenido como el más alto de los poetas colombianos, figurará a la cabeza de los más salientes porta-liras que la América Latina haya cobijado con su bandera, hasta nuestros días.

Muy acertadas me parecen las causas a que atribuye don Rufino Blanco Fombona la oscuridad en que vivió nuestro poeta: 1º el público de América no estaba preparado a las novedades mentales de Silva; 2º el pudor de su espíritu selecto que le impedía el campaneo del reclamo; 3º lo poco conocida de la prensa colombiana; y 4º la distinción y simparidad de su espíritu, de las cuales a mi parecer persisten la primera y la última. «El más dulce, el más genial, el más armonioso de los poe-

(15) Francisco Restrepo Gómez, «El Artista», de Bogotá Nros. 160 y 161.

tas latinos» (16) de ningún modo llegará a ser popular. Que el vulgo al oír su nombre doblegue la rodilla, está bien; pero que sus versos no sean recitados en los tugurios. Nól esto sería una profanación a la memoria del bardo que fue todo refinamiento, todo distinción, todo arte y todo pureza.

En el índice del *Libro de Versos*, dividió Silva en cuatro partes, las poesías que deseaba fuesen publicadas. En la primera, INFANCIA, rigiéndonos por la edición de París, faltan «A los Niños», «Lloviendo y haciendo Frío», y «Mañana es Domingo»; en la segunda, SITIOS, «Son para tí mis Versos»; en la tercera, PÁGINAS SUYAS, «Res non Verba», y en la cuarta, GOTAS AMARGAS, de las cuales hizo el poeta una selección, y que destilan la más amarga ironía y el pesimismo más cruel, he notado que no fueron publicadas «Ceniza», «Postumae», y DE MARCO PRAGA, «Liberté» y «Fraternité».

Y para terminar esta disertación, en lo que a la poesía de Silva se refiere, permítuseme que traiga aquí algunas estrofas de las gotas amargas del que «fue un sacerdote del verso y un mago de la lira» (17), del «eterno prisionero del deseo» como dijera alguna vez Darío de Verlaine; del «poeta enamorado de la forma, rico en imágenes brillantes y pintor con las palabras», como el mismo Silva dijo de Darío. En Avant-Propos, nos dice:

«Déja las comidas que llenan,
historias, leyendas y dramas
y todas las sensiblerías
semi-románticas.

Y para completar el régimen
que fortifica y que levanta,
ensáya una dosis de estas
gotas amargas».

Y era entonces cuando nuestro bardo sentía:

«Un cansancio de todo, un absoluto
desprecio por lo humano.....un incesante

(16) Francisco Restrepo Gómez, «El Artista», de Bogotá números 160 y 161.

(17) Antonio Gómez Restrepo, «Literatura Colombiana»

renegar de lo vil de la existencia
digno de mi maestro Schopenhauer;
un malestar profundo que se aumenta
con todas las torturas del análisis.....»
de que nos habla en «El mal del Siglo»

Y en Filosofía nos aconseja:

«Desprecia los placeres y, severo,
a la filosofía,
loco por encontrar lo verdadero,
conságrala noche y día.

Compára religiones y sistemas
de la Biblia a Stuart Mill,
desde los escolásticos problemas
hasta lo más sutil

de Spencer y de Wundt, y consagrado
a sondear ese abismo
lograrás este hermoso resultado:
no creer ni en tí mismo.

No pienses en la paz desconocida.
¡Mira! al fin, lo mejor
en el tumulto inmenso de la vida
es la paz interior».

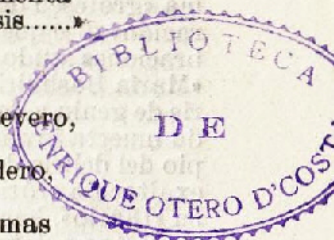
Sufría en sus últimos años, nuestro altísimo poeta,
un mal tan espantoso, que como él mismo lo dijo:

«No se curará sino hasta el día
en que duerma a sus anchas
en una angosta sepultura fría,
lejos del mundo y de la vida loca,
entre un negro ataúd de cuatro planchas,
con un montón de tierra entre la boca!»

II

En el año de 1890 Silva escribió «La Protesta de la Musa», de esa «musa sonriente, blanca y grácil, en cuyos ojos se reflejaba la inmensidad de los cielos», que fue la inspiradora de sus versos, y que enfurecida protestaba contra «un libro de sátiras, un libro de burlas inspirado en el Genio del odio y en el Genio del Ridículo» (18).

[18] Publicada en el Tomo 3º de «Miscelánea», pág. 53.



En 1894 escribió un bello artículo, «Dos Libros» (19), en que combate reciamente a Max Nordau a quien llama «grotesco doctor alemán» y de cuya obra «Degeneración» dice que son «mil páginas de pedantescas elucubraciones pseudo-científicas», por haber conceptuado que «María Bashkiricheff, la dulcísima rusa muerta en París de genio y de tisis, a los 24 años», «fue una degenerada muerta joven tocada de locura moral, de un principio del delirio de las grandezas y de la persecución y de exaltación erótica morbosa», y de quien Silva, que leyó su «Diario», hace la más hermosa apología, que termina con estas palabras: «Feliz, tú muerta ideal; feliz tú, admirable Nuestra Señora del Perpetuo Deseo».

Y ya que he empezado a hablar de sus prosas creo oportuno citar aquí lo que don Roberto Suárez ha dicho al respecto: «La prosa de Silva era poesía pura y de ley más rica que su verso», lo cual está bien acorde con lo que me decía Julio Flórez en una mañana brillantísima de un Diciembre pasado: «la prosa de Silva supera en mucho a sus versos».

En el «Paraguas del Padre León», el anciano «de ojos verdosos, de expresión alocada, de nariz aguileña y de largos cabellos blancos», Silva sintetiza con la mayor propiedad la transición que en ese entonces sufría Bogotá.

Con envidiable éxito nuestro insigne prosador hizo algunos ensayos de crítica literaria. De ellos sólo han llegado a mis manos uno en que habla de Anatole France, publicado en «Cromos», revista bogotana, y otro en que habla de Dario.

En sus imponderables prosas lo propio que en sus versos, nuestro poeta cita con la mayor familiaridad a Schopenhauer y a Fichte, a Kant y a Pascal, Verlaine y a Budelairé, a Leopardi y a Swinburne, a Rossetti y a Musset, a Taine y a Guyau, a Brunetiere y a Littré, a Mallarmé y a Juan Méreas, a Spencer y a Nietzsche, a Balzac y a Spinoza, a Jean Lorrain y a Paul Bourget, a Zola y a Renan, y a muchos otros, que no creo del

[19] «Repertorio Colombiano», tomo 17, pág 364.

caso, en gracia a la brevedad, citar aquí.

Escribió asimismo Silva su novela «De Sobre Mesa», de la cual sólo he tenido la fortuna de leer algunos fragmentos, motivo por el cual en lugar de lanzar mi concepto que en todo caso sería deficiente, copio en seguida el a mi parecer tan acertado de Baldomero Sanín Cano, que mejor que yo conoció al poeta, pues fue su amigo personal, que mejor que yo conoce su obra y que mejor que yo la interpretará:

«El manuscrito, casi terminado, consta de dos partes. La primera que contiene rasgos suntuosos de un talento completo, encierra la sustancia de una serie de novelas cortas escritas antes de 1894, y que desaparecieron en el naufragio de «L'Amérique», en 1895. La otra parte, la final, está premurosamente ejecutada. Parece obra de otro autor. La descripción de unos amores abruptos en París es inferior a la fortaleza artística de Silva. El fragmento sobre la locura y el suicidio incrustado en la novela, como otros bocetos de data anterior, fue escrito en 1892, al recibirse en Bogotá la noticia de que Maupassant se había vuelto loco. Esas reflexiones no le fueron sugeridas a Silva por el temor de perder el juicio, sino por el hecho de haberlo perdido Maupassant.

Es además oportuno observar que Silva fue el modelo del equilibrio mental».

Escribió, una hermosa página «¡Poeta yo!», en que nos dice: «Llamarme a mí con el nombre con que los hombres han llamado a Esquilo, a Homero, al Dante, a Shakespeare, a Schelley.....¡qué profanación y qué error! lo que me hizo escribir mis versos fue que la lectura de los grandes poetas me produjo emociones tan profundas como todas las mías; que esas emociones subsistieron por largo tiempo en mi espíritu, se impregnaron de mi sensibilidad y se convirtieron en estrofas.

De un lluvioso otoño pasado en el campo leyendo a Leopardi y Antero Quental salió la serie de sonetos que llamé después 'Las Almas Muertas'».

Y hablando de «los tales 'Poemas de la Carne'» que él llama y «que forman parte de los cantos de 'Más Allá'», dice: «Qué otra cosa son sino una tentativa mediocre

para decir en nuestro idioma adorable las sensaciones mórbidas y los sentimientos complicados que en formas perfectas expresan en las suyas Baudelaire y Rossetti, Verlaine y Swinburne.....»

Y más adelante agrega: «No, Dios mío: Yo no soy poeta!»

Esta página hermosísima que pudiéramos llamar la síntesis de su auto-biografía termina con esta confesión: «Como me fascina y me atrae la poesía, así todo me atrae y me fascina irresistiblemente: todas las artes, todas las ciencias, la política, la especulación, el lujo, los placeres, el misticismo, el amor, la guerra, todas las formas de la actividad humana, todas las formas de la vida, la misma vida material».

A su regreso en 1895, de Caracas, Silva se dio con empeño a rehacer su novela «De Sobre Mesa», lo propio que a escribir una obra sobre Leonardo de Vinci. Quizás por esta causa se encontraron en el día de su desaparición, a la cabecera de su cama «El Triunfo de la Muerte» de Gabriel D'Annunzio, un número de «Cosmópolis» y «Trois stations de psychotherapie» de Mauricio Barrés, como lo atestigua el varias veces mencionado señor Sanín Cano.

A mi parecer, en «L'Amérique», naufragaron asimismo los «Poemas de la Carne», a que he hecho alusión, y la serie de sonetos, «Las Almas Muertas».

Para terminar, quiero hablar del trágico fin de nuestro poeta.

Muchas han sido las versiones que al respecto ha habido: unos atribuyen su muerte a un morboso atavismo, pues bien sabido es que cuando Silva era todavía un niño, un joven pariente colateral suyo, puso fin a sus días; otros a la influencia de los autores cuyas obras leyó; pero, no tal, «Silva era superior a este género de influencias. Los libros le rozaban la piel sin rubricarla siquiera» (20); los de acá han querido hacernos creer que fue por sus repetidos fracasos en el comercio; los de allá, «al medio mezuquino y ruín que no era para él»

[20] Baldomero Sanín Cano, Edición de París, 242.

(21); estos, a cobardía; aquellos, a valor. Mas yo creo que este es un problema indescifrable, porque Silva tuvo el refinamiento de guardarse el secreto del por qué de su muerte, y de consiguiente, todo lo que de ella se diga no llegará a ser sino una fantasía, una hipótesis. Sin embargo conceptúo, que lo que las musas le mimaron, lo que le mimó la fortuna, lo que le mimaron los suyos, el ambiente en que vivió, su espíritu descontento, los repetidos fracasos que tuvo en su fortuna, la muerte de su padre y de su hermana Elvira, el naufragio de lo más precioso de su obra literaria, las humillaciones que estaba condenado a sufrir a causa de su mal acierto en los negocios, su sensibilidad tantas veces herida por «la chismografía bogotana» y las «cincuenta y dos ejecuciones» de que nos habla el poeta, el escepticismo que se apoderó de su alma en los últimos años; la hostilidad del ambiente en que vivió, el verse pobre él que soñaba en construir sobre la ingente y rígida roca de basalto que se haya sobre el abismo del Niágara, cortada a pico, «un palacio que revista por fuera el aspecto de renegrido castillo feudal, con sus fosos, sus puentes levadizos y sus elevados torreones envueltos en verde oscura yedra y grisosos musgos y que en el interior guarde los tesoros de arte que poseo y que animarás tú con tu presencia». El que prometía a su Helena que «habrá mañanas de sol que nos verán pasar cabalgando en una pareja de caballos árabes, en los caminos que se extienden en la sabana, y las rudas campesinas se arrodillarán al verte, creyendo que eres un ángel, cuando claves en sus cuerpos deformados por las rústicas faenas la resplandeciente mirada de tus pupilas azules; noches en que el aire perfumado del cuarto, donde humea el té rubio en las tazas de China y alumbra el suntuoso mobiliario la luz de las lámparas, atenuando por pantallas, vibren las frases sublimes de una sonata de Beethoven, arrancadas por tus pálidas manos al teclado sonoro, y en que desfalleciente de emoción contenida, te levantes del piano para contemplar desde el balcón de piedra la

[21] Eduardo Zamacois, Crónica reproducida en «El Espectador», de Medellín.

catarata iluminada por la luna.....» (22), no podía vivir una vida tan vulgar, en la cual tenía que trabajar a diario para ganar el pan, él que en sus bodegas guardaba hasta el valiosísimo tokay; él que solía regalar a las damas bogotanas, cuando iban a visitarle, los perfumes más nuevos y más finos que hacía traer de Francia, no podía vivir una vida a que no estaba habituado. Todas estas causas que acabo de anotar, en mi concepto, fueron las que hicieron que a Silva, de quien «la voluntad de vivere se retira como el calore abandona un cadavere» (23), pusiese fin a su preciosa vida.

Para terminar, narraré a la ligera la muerte del eximio citarista: El 23 de Mayo de 1896 en su casa se festejaba a un círculo de relaciones con un elegantísimo baile. A media noche, Silva, ya fatigado retiróse a su aposento pensando quizás en el modo como había de dar fin a sus días. Y tal era su preocupación que, hallándose en la puerta de su cuarto, pasó una nobilísima dama quien al verle le desconoció. Ella mostróse sorprendida, y él al observar el sobresalto que había producido en ella su presencia la dijo: «Señora, y es que ya asusto»? Todos dispersáronse y al día siguiente, a eso de las ocho de la mañana, cuando alguno de los suyos penetró a su aposento vio que el corazón del poeta había sido atravesado por la bala de un revólver, cuya detonación había él enmudecido con las sábanas de su cama. Le encontraron con el rostro sereno y la cabeza levemente inclinada hacia un lado. Desde la víspera, Silva había tomado la resolución de quitarse la vida: fue al consultorio del Dr. Manrique de quien he hablado e hizo que éste le marcara con un lápiz, sobre el pecho «toda la zona mate de la región precordial» quien le señaló además, con una cruz, la punta del corazón.

Quizás Silva que escribió tan hermosos poemas melancólicos, comprendió que «el suicidio es un poema de melancolía» (24).

Veintitrés años han transcurrido desde su muerte y

[22] Fragmento «De Sobre Mesa» publicado en el N° 67 de *Cromos*.

[23] Gabriel D'Annunzio, «El Triunfo de Muerte».

[24] Palabras de Balzac.

sin embargo no se le ha levantado una estatua ni siquiera un busto: es que Colombia ignora que «glorificando a Silva se glorifica a sí misma» (25).

Ah! las injusticias de los hombres que llegan en ocasiones a ser delitos! Que se le levante una estatua al más excelso de los poetas, al que tan hermoso legado dejó a la literatura y tanto honor hizo a esta nuestra Colombia por mil títulos gloriosa.

(25) F. Jaramillo Medina, «Alpha» de Medellín, N° 49.



FIN